

LA MAYOR DIFICULTAD EDUCATIVA DEL MUNDO

Si los padres y profesores juzgásemos nuestra tarea con ecuanimidad, tendríamos que reconocer que una de las cosas que más nos cuesta es decir «no». La comodidad, el evitar un mal rato, nos llevan a buscar excusas para aplazar o renunciar a esa responsabilidad educativa.

LO MEJOR PARA NUESTROS HIJOS

Es fácil saber qué queremos para nuestros hijos: lo mejor. Sin embargo, qué costoso nos resulta ayudarles a recorrer el camino que les llevará a ser mejores. En primer lugar, porque nos parece contraproducente tener que infligir un daño, un dolor, a cambio de... no vemos la relación directa, inmediata. Así que ante la dificultad, el mal momento que haremos pasar a nuestro hijo, postergamos la decisión, nos guardamos ese «no» que cierra el paso al capricho.

Un experto en cuestiones educativas, el juez Calatayud, lo ha dicho con bastante claridad: **no decimos no por miedo**. Unas veces es miedo a la reacción desabrida del adolescente, y otras veces miedo a salir de nuestra comodidad y mantenernos firmes en una decisión que es lógica, acertada y de sentido común.

Si nos piden que digamos cómo nos gustaría que fuese nuestro hijo, probablemente hablemos de sus virtudes, quizá añadamos algún defecto que debería eliminar o un ras-

go de carácter que le falta. Incluso podríamos concretar más añadiendo las calificaciones, la carrera, la profesión que nos gustaría que llegase a desarrollar, y hasta con quién le vemos casado.

Sin embargo, llega el momento de la verdad, suena el redoble de tambor, los focos concentran la atención del público, expectación y... el artista no salta a la pista. ¿Qué ha pasado con nuestro hijo que ahora no quiere? ¿Qué ha pasado? ¡Con lo mucho que le hemos querido! Si le hemos dado todo. Si le hemos protegido de cualquier daño.

Quizá lo que haya pasado es eso, que le hemos protegido demasiado. Y de paso



nos hemos protegido a nosotros de las malas caras, de los lloros, de los sufrimientos vanos. A nadie le gusta ver sollozar y padecer a alguien por quien se han dejado horas de sueño y de angustia.

Hay algunos padres (y también profesores, y ministros de educación, y congresistas que votan las leyes de educación) que piensan que la mejor y más auténtica manifestación de cariño al niño—muchacho que están educando, es darle lo que pide, sin caer en la cuenta de que no pueden, o porque aquello que pide la criatura no está a su alcance, o porque ese capricho no le conviene al chico o a la chica. Y como no son capaces de admitirlo, acaban convirtiendo el asunto en un conflicto. Es cuando salen argumentos del tipo: ***mi hijo tiene derecho a... ser feliz, a tener el máximo coeficiente intelectual, a ser premio Nobel.***

LA DURA LUCHA CON LA REALIDAD

Plantearse así las cosas es enfrentarse directamente con la realidad. Aunque hay escuelas filosóficas que defienden que la realidad la lleva cada uno dentro, sin embargo, la experiencia es clara al respecto. Las cosas están ahí, fuera de nosotros. Y seguirán estando queramos o no queramos. Lo educativo es ayudar a nuestros hijos a reconocer esa realidad y buscar su sitio ante ella. Buscar «su lugar en el mundo».

Y para conseguirlo a veces es preciso el dolor —el nuestro y el de nuestros hijos—. Si no acabarán sufriendo lo mismo que quienes padecen la insensibilidad congénita al dolor: no les funcionan los detectores del dolor, no perciben, por ejemplo, el calor, y sólo se dan cuenta de que se están quemando cuando huelen a carne (la suya) quemada.

La sensación de dolor es necesaria para la supervivencia. Y para percibirlo es necesario que funcionen los receptores



específicos y envíen la señal correspondiente al cerebro. Quizá sin darnos cuenta, hemos anulado esos receptores del dolor en nuestros hijos y les hemos dejado inermes.

Una manifestación sutil de ese no querer enfrentar a los hijos a la realidad es «ahorrarles» padecimientos.... ***que no tenga que pasar por lo que pasé yo.*** Es la tentación de hacer que la niña o el niño llegue al final sin haber pasado por el medio. Es la mejor forma de convertirle en un niño malcriado del tipo Harvey Cheyne, de ***Capitanes intrépidos***, que estaba convencido de que todo lo podía conseguir con dinero.

CONSECUENCIAS DE NO SABER DECIR NO

En el fondo somos capaces de reconocer si hemos educado bien o mal a nuestros hijos. Una editora bien conocida, ya

UN DIFÍCIL ARTE

El problema está en lo difícil que resulta decir «no». Pero es mejor aprender a decirlo, porque su contrario es notablemente peor.

Hay un cómic que ya es un clásico de ese género, *Calvin y Hobbes*. Calvin es un niño de 6 años, y tiene como amigo íntimo a un tigre de peluche (Hobbes), que se transforma a sus ojos en tigre de verdad, por lo que puede jugar con él, hacerle confidencias y planificar juegos. Todo un amigo, en definitiva.

La madre de Calvin conoce bien a su hijo y mantiene con él a lo largo de las tiras tres batallas permanentes: el baño, la comida y los destrozos en casa. Son «frentes de batalla» bastante comunes en todas las familias con niños de esa edad. De cada 10 tiras en las que sale la madre, sólo pierde los nervios en 3. Es una buena proporción, no hay nadie perfecto. Pero cuando conserva la calma, es admirable su capacidad de decir «no» sin inmutarse. En una de las tiras, Calvin le propone:

—¿¡Puedo prenderle fuego a mi colchón!?

mayor, con un buen «currículum» profesional a sus espaldas, era entrevistada hace poco en la radio. El motivo: un libro de memorias que acababa de escribir. Después de repasar sus éxitos profesionales, la locutora pasó al capítulo familiar: cómo percibía ella que había sido en su papel de madre. La respuesta fue clara: *Lo he hecho mal, no he sabido, no supe poner límites a mis hijos, les di siempre lo que pedían*. Dicho de otra manera: sabemos qué es lo que perjudica a nuestros hijos, aunque —curiosa paradoja—, nos enfadaremos con el que sea capaz de decirnos que no se lo demos, que les hará daño.

Rebeldes, la legendaria novela juvenil escrita por Susan E Hinton, es de los años 70, pero continúa vendiéndose porque sigue siendo actual. Refleja a la perfección la mentalidad de los adolescentes. Avanzada la novela, en una pelea callejera, muere uno de los muchachos. Randy, su mejor amigo, se pregunta qué es lo que hizo que se convirtiese en un matón de barrio cuyo único estímulo era buscar pelea. La única respuesta que encuentra es una educación familiar llena de concesiones.

Se trata de una novela, es cierto (ceder alguna vez a los caprichos de nuestro hijo no suele acabar en tragedia), pero da la impresión de que los mimos y la falta de exigencia siguen muy presentes en la educación actual. Hasta los mismos chavales se dan cuenta de que es contraproducente (basta con preguntárselo con franqueza). Y puede que algún día nos lo lleguen a reprochar (¿por qué me hiciste un blandengue?).



–No, Calvin –responde ella sin dejar de leer el periódico mientras toma una taza de café.

–¿¡Puedo montar en el triciclo por el tejado!? –Insiste el niño.

–No, Calvin –vuelve a responder sin inmutarse.

Y, por fin, la pregunta definitiva:

–¿Puedo coger una galleta?

A lo que, por supuesto, corresponde la monótona respuesta de la madre:

–No, Calvin.

–Me pilló. –es el pensamiento final de Calvin.

No es sencillo educar con tanta paciencia, pero es eficaz. Descubrir que nuestro hijo necesita un exiguo número de «noes» para salirse con la suya, es mala señal. Lo mismo que también es mala señal si nuestro hijo averigua que en caso de no poder salirse con la suya mediante el uso de la razón, es posible que pueda conseguirlo aumentando el volumen de su voz (otra de las conclusiones de Calvin).

Una táctica distinta a de la madre de Calvin es la de su padre. Suele usar un punto de ironía que tiene la misma eficacia que un «no».

Calvin está sentado a la mesa, delante de un plato que no quiere probar (como siempre). Enfurruñado, pregunta:

–¿Qué es esta repugnante cosa pegajosa?

Su padre, sonriente, contesta:

–Pruébala, te gustará.

A Calvin no le gusta nada esa frase, es la que siempre usa su padre, y a voz en grito, indignado, replica:

–¿AH, SÍ? ¡¿Y QUÉ PASA SI NO ME GUSTA?!

Su padre no se altera ante el aumento de volumen de voz. Tranquilo, responde:

–Entonces, te curtirá el carácter.

Y Calvin se da por vencido:

–Ése es mi papá, siempre pensando en mí.

Desde luego, es mejor aguantar una mala cara de nuestro hijo en esa edad en que la podemos aguantar... y corregirle diciéndole que no ponga mala cara (así de simple: no hagas caras, no pongas cara de mártir), que no dejar que cuaje un carácter desabrido que no será capaz ni de reconocerse cuando pasen los años. Como le sucedió a aquella adolescente que ostentaba permanentemente un semblante hosco. Su madre encargó un retrato de ella. Cuando estuvo terminado, antes de enseñárselo a la protagonista y a su madre, la pintora se lo enseñó a varios conocidos de la familia: era perfecto. Allí estaba la niña. No sólo los rasgos, sino también su expresión.

Llegó con el cuadro a casa de la niña, descubrió la tela y... *¿¡Esa soy yo!?*, dijo la niña. No se reconocía, pero era ella. Era tal y como se mostraba habitualmente a los demás.

No es fácil. Decir «no», no es precisamente la expresión más bonita que se puede pronunciar, y tampoco es agradable recibir una mala cara cada vez que se diga la famosa palabra, pero aún así, merece la pena decir «no» todas y cada una de las veces que haya que decirlo. No por capricho, no por espíritu de contradicción o como manifestación arbitraria de autoritarismo. Ni como venganza por algo que no nos haya gustado. Hay muchas razones para decir «no», pero habremos de procurar que cuando lo digamos responda a un auténtico motivo educativo.